

# El maravilloso Mago de Oz

L. Frank Baum

Ilustraciones de  
Óscar T. Pérez



ANAYA

Título original: *The Wonderful Wizard of Oz*

© De la ilustración: Óscar T. Pérez, 2019  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2019  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-698-4819-7  
Depósito legal: M-23459-2019  
Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADO

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

*L. Frank Baum*

# *El maravilloso Mago de Oz*

*Ilustraciones de Óscar T. Pérez*

*Traducción de Ana María Beaven*



ANAYA

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN de L. Frank Baum .....	9
Capítulo I. El ciclón .....	13
Capítulo II. Encuentro con los Munchkins .....	19
Capítulo III. De cómo Dorothy salvó al Espantapájaros .....	27
Capítulo IV. El camino por el bosque .....	35
Capítulo V. El rescate del Leñador de Hojalata .....	41
Capítulo VI. El León Cobarde .....	49
Capítulo VII. El viaje hacia el Gran Oz .....	57
Capítulo VIII. El campo de las amapolas venenosas .....	65
Capítulo IX. La Reina de los Ratones Campestres .....	73
Capítulo X. El Guardián de las Puertas .....	79
Capítulo XI. La maravillosa Ciudad Esmeralda de Oz .....	87
Capítulo XII. En busca de la Bruja Malvada .....	103
Capítulo XIII. El rescate .....	117
Capítulo XIV. Los Monos Alados .....	123
Capítulo XV. La revelación de Oz, el Terrible .....	131
Capítulo XVI. Las artes mágicas del Gran Farsante .....	143
Capítulo XVII. De cómo se lanzó el globo.....	149
Capítulo XVIII. Hacia el sur .....	155

Capítulo XIX. El ataque de los árboles guerreros .....	161
Capítulo XX. El País de Porcelana Fina .....	167
Capítulo XXI. El León se convierte en el Rey de los Animales	175
Capítulo XXII. El País de los Quadlings .....	181
Capítulo XXIII. La Bruja Buena concede a Dorothy su deseo ...	185
Capítulo XXIV. De nuevo en casa .....	191

## Introducción

**E**l folclore, las leyendas, los mitos y los cuentos de hadas han acompañado a la infancia a través de todos los tiempos, pues cualquier niño sano siente una afición íntegra e instintiva hacia los relatos fantásticos, maravillosos y, evidentemente, irreales. Las hadas aladas de Grimm y Andersen han proporcionado más felicidad a los corazones infantiles que cualquier otra creación del género humano.

Sin embargo, el cuento de hadas a la antigua usanza, tal y como se ha utilizado durante muchas generaciones, se puede clasificar en las bibliotecas infantiles como «histórico»; pues ha llegado el momento de que surjan una serie de «relatos maravillosos» más modernos, en los cuales se eliminen los genios, enanos y hadas estereotipados y, además, todo tipo de incidente horroroso y escalofriante, que los autores imaginaban para resaltar la pavorosa moraleja de cada cuento. La educación moderna comprende la moralidad; por lo tanto, el niño moderno busca únicamente en sus cuentos maravillosos un motivo de diversión, y está más que dispuesto a prescindir de cualquier incidente desagradable.

Teniendo esto presente, he escrito el cuento de *El maravilloso Mago de Oz*, con el único propósito de entretener a los niños de hoy en día. Pretende ser un cuento de hadas moderno en el que se conserven el sentido de lo maravilloso y la alegría, evitando así las situaciones dolorosas y las pesadillas.

L. Frank BAUM  
Chicago, abril de 1900.

*Este libro está dedicado  
a mi buena amiga y compañera.  
Mi mujer.*

L. F. B.

## CAPÍTULO I

### *El ciclón*

**D**orothy vivía en medio de las grandes praderas de Kansas, con tío Henry, que era granjero, y tía Em, que era la mujer del granjero. Su casa era pequeña, ya que tuvieron que traer el maderamen para construirla muchos kilómetros en carreta. Tenía cuatro paredes, un suelo y un tejado, formando un cuarto; y este cuarto contenía un hornillo algo oxidado, una alacena para los platos, una mesa, tres o cuatro sillas y las camas. Tío Henry y tía Em tenían una cama grande en una esquina, y Dorothy, una cama pequeña en otra. La casa no tenía ni desván, ni sótano, excepto un pequeño agujero excavado en el suelo, al que llamaban «el sótano del ciclón», donde la familia podía ir si se producía uno de esos terribles torbellinos que tienen tanta fuerza como para derribar cualquier edificio que encuentren a su paso. Se llegaba a él por una trampilla que había en medio del suelo, y de allí se bajaba por una escalera hasta el pequeño y oscuro agujero.

Cuando Dorothy miraba a su alrededor desde el umbral de su casa, solo podía ver la enorme pradera gris por todos lados. Ni un árbol, ni una casa rompían la monotonía de la llanura, que parecía tocar el cielo en todas las direcciones. El sol había recocado la tierra arada hasta convertirla en una masa gris, surcada de grietecillas. Ni siquiera la hierba era verde, ya que el sol había quemado las puntas de las briznas hasta volverlas del mismo tono gris que se veía por todas partes. En

una ocasión habían pintado la casa, pero el sol agrietó la pintura y las lluvias se la llevaron, y ahora la casa parecía tan triste y gris como todo lo demás.

Cuando tía Em se fue a vivir allí, era una mujer joven y guapa. El sol y el viento la habían cambiado a ella también. Habían apagado el brillo de sus ojos y los habían dejado de un sobrio color gris; se habían llevado el rojo de sus mejillas y de sus labios, dejándolos grises también. Ahora estaba delgada y demacrada, y nunca sonreía. Cuando Dorothy, que era huérfana, llegó por primera vez a su casa, a tía Em le había chocado tanto la risa de la pequeña que se ponía a gritar llevándose la mano al corazón cada vez que la voz alegre de la niña llegaba a sus oídos; y todavía miraba a la chiquilla sorprendida de que la pequeña pudiese encontrar algo de que reírse.

Tío Henry no se reía nunca. Trabajaba duramente de la mañana a la noche y no sabía lo que era la alegría. Él también era gris, desde su larga barba hasta sus toscas botas; tenía una mirada severa y solemne, y rara vez hablaba.

Totó era quien hacía reír a Dorothy, e impidió que ella también se volviese gris como todo lo que la rodeaba. Totó no era gris; era un perro chiquito y negro, de largo pelo sedoso y ojillos negros que chispeaban alegremente a cada lado de su nariz pequeña y graciosa. Totó se pasaba el día jugando, y Dorothy jugaba con él, y le quería muchísimo.

Hoy, sin embargo, no jugaban. Tío Henry, sentado en el escalón de la puerta, miraba ansiosamente al cielo, que estaba más gris que de costumbre. Dorothy, de pie en la entrada con Totó en sus brazos, también miraba al cielo. Tía Em fregaba los platos.

A lo lejos, por el norte, les llegó un sordo gemido del viento, y tío Henry y Dorothy pudieron ver como se ondulaba la larga hierba antes

de que llegara la tormenta. A continuación se produjo por el sur un agudo silbido en el aire y, cuando volvieron la mirada hacia allá, vieron como la hierba se rizaba también por aquella dirección.

De repente tío Henry se levantó.

—Se acerca un ciclón, Em —le gritó a su mujer—. Iré a recoger el ganado. —Y salió corriendo hasta los cobertizos donde se guardaban las vacas y los caballos.

Tía Em dejó su trabajo y salió a la puerta. De una ojeada se dio cuenta del peligro que los acechaba.

—¡Rápido, Dorothy! —gritó—. ¡Corre al sótano!

Totó saltó de los brazos de Dorothy y se escondió debajo de la cama, y la pequeña corrió a buscarlo. Tía Em, muy asustada, abrió de golpe la trampa del suelo y bajó la escalera hasta el pequeño y oscuro agujero. Dorothy atrapó por fin a Totó y se dispuso a seguir a su tía. Cuando se encontraba en medio de la habitación, se oyó un gran rugido del viento, y la casa sufrió una sacudida tan brusca que la niña perdió el equilibrio y se cayó sentada en el suelo. Entonces ocurrió algo extraño.

La casa giró sobre sí misma dos o tres veces y se levantó lentamente por los aires. A Dorothy le pareció que subía en un globo.

Los vientos del norte y del sur se encontraron en el punto donde estaba la casa, y la convirtieron en el centro exacto del ciclón. En el centro de un ciclón el aire normalmente no se mueve, pero la enorme presión del viento por cada lado de la casa la fue levantando hasta colocarla en la cima del tornado. Y allí se quedó, y se la llevó a muchos kilómetros de distancia, como si fuera una pluma.

Estaba muy oscuro, y el viento ululaba terriblemente a su alrededor, pero a Dorothy el viaje no le resultaba desagradable. Después de los primeros giros, y de otra ocasión en que la casa se inclinó muchísimo, se sintió suavemente mecida, como un niño en la cuna.



A Totó aquello no le gustaba. Correteaba por la habitación, de aquí para allá, dando grandes ladridos; pero Dorothy se quedó tan tranquila sentada en el suelo, hasta ver lo que pasaba.

Una vez Totó se acercó demasiado a la puerta de la trampa y se cayó; al principio, la niña creyó que lo había perdido. Pero enseguida vio que una de sus orejas asomaba por el agujero, pues la fuerte presión del aire lo mantenía suspendido y le impedía caer. La chica gateó hasta el agujero, cogió a Totó por la oreja, y lo arrastró de nuevo a la habitación, y después cerró la trampa para que no ocurriera otro accidente.

Pasaron las horas, y poco a poco a Dorothy se le fue quitando el susto; pero se sentía muy sola, y el viento gemía tan fuerte a su alrededor que casi se quedó sorda. Al principio había temido estallar en pedazos cuando la casa volviera a caer; pero, como pasaban las horas y no sucedía nada tremendo, dejó de preocuparse y decidió esperar tranquilamente a ver lo que le deparaba el futuro. Al final se arrastró a gatas por el suelo inclinado hasta la cama y se acostó; y Totó la siguió y se echó a su lado.

A pesar del tambaleo de la casa y los gemidos del viento, Dorothy cerró pronto los ojos y se quedó profundamente dormida.

## CAPÍTULO II

### *Encuentro con los Munchkins*

**S**e despertó con un golpe tan brusco y violento que, si no hubiera estado acostada en su blanda cama, se habría hecho daño. Aun con todo, la sacudida la dejó sin respiración, preguntándose lo que había sucedido; y Totó apoyó su fría naricilla en la cara de la niña gimiendo tristemente. Dorothy se incorporó y se dio cuenta de que la casa ya no se movía; ni tampoco estaba oscuro, ya que el sol radiante entraba por la ventana, inundando el cuartito de luz. Saltó de la cama y, con Totó pisándole los talones, corrió a abrir la puerta.

La chiquilla dio un grito de sorpresa y miró a su alrededor con los ojos cada vez más abiertos ante las maravillas que veía.

El ciclón había depositado la casa con mucha suavidad (teniendo en cuenta que era un ciclón) en medio de una región de prodigiosa belleza. Había preciosas parcelas de césped por todas partes, con majestuosos árboles cargados de abundantes y sabrosas frutas. Había también por doquier macizos de vistosas flores, y pájaros de plumaje exótico y brillante cantaban y revoloteaban en los árboles y matorrales. Un poco más allá había un riachuelo, que corría resplandeciente entre verdes riberas, murmurando con una voz especialmente grata para una chiquilla que había vivido tanto tiempo en las áridas praderas grises.

Mientras observaba de pie y con gran interés este extraño y maravilloso panorama, advirtió que venía hacia ella un grupo de personas

de lo más extraordinario que nunca había visto. No eran tan grandes como la gente mayor a la que estaba acostumbrada; pero tampoco eran excesivamente pequeños. La verdad es que eran más o menos del tamaño de Dorothy, que era bastante alta para su edad, aunque al parecer tenían muchos más años.

Había tres hombres y una mujer, y todos iban vestidos con ropas extrañas. Llevaban sombreros redondos que terminaban en punta a unos treinta centímetros por encima de sus cabezas, con cascabeles alrededor de las alas, que tintineaban dulcemente cuando ellos se movían. Los sombreros de los hombres eran azules; el de la mujercita era blanco, y llevaba puesta una túnica blanca que le caía en pliegues desde los hombros. El vestido estaba salpicado de estrellitas que brillaban al sol como diamantes. Los hombres iban vestidos de azul, del mismo tono que los sombreros, y calzaban botas bien lustradas, con amplias vueltas azules.

Los hombres, pensó Dorothy, serían de la edad de tío Henry, ya que dos de ellos tenían barba. Pero la mujercita era, desde luego, mucho más vieja. Tenía la cara cubierta de arrugas, el cabello casi blanco, y caminaba con cierta rigidez.

Cuando estos personajes se acercaron a la casa, en cuyo umbral estaba Dorothy, se detuvieron y cuchichearon algunas palabras, como con miedo de seguir avanzando. Pero la viejecita fue hacia Dorothy, le hizo una profunda reverencia y dijo con voz dulce:

—Bienvenida seas, nobilísima Hechicera, al País de los Munchkins. Te estamos muy agradecidos por haber matado a la Bruja Malvada del Este y haber liberado a nuestro pueblo de su cautiverio.

Dorothy escuchó estas palabras con sorpresa. ¿Qué querría decir la mujercita al llamarla hechicera, y al asegurar que había matado a la Bruja Malvada del Este? Dorothy era una niña inocente e inofensiva,



a la que un ciclón había llevado a muchos kilómetros de su hogar; y no había matado cosa alguna en su vida.

Pero era evidente que la mujercita esperaba una respuesta; así que Dorothy, vacilante, contestó:

—Es usted muy amable, pero tiene que haber un error. Yo no he matado nada.

—Bueno, pero tu casa sí —respondió la viejecita, riéndose—, que es lo mismo. ¿Ves? —continuó, señalando con el dedo la esquina de la casa—. Ahí tienes las puntas de los pies, todavía asomando por debajo de un bloque de madera.

Dorothy miró, y dio un gritito de miedo. Exactamente allí, justo debajo de la esquina de la viga central de la casa, se asomaban dos pies, calzados con puntiagudos zapatos de plata.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó Dorothy, juntando las manos con horror—. ¡Se le habrá caído la casa encima! ¿Y ahora qué hacemos?

—No hay nada que hacer —dijo con calma la mujercita.

—Pero ¿quién era? —preguntó Dorothy.

—Era la Bruja Malvada del Este, como ya te he dicho —contestó la anciana—. Había tenido a los Munchkins en cautiverio durante muchos años, convirtiéndolos en sus esclavos día y noche. Ahora están todos liberados, y te agradecen mucho el favor.

—¿Y quiénes son los Munchkins? —preguntó Dorothy.

—Son los habitantes de este País del Este, donde mandaba la Bruja Malvada.

—¿Es usted una Munchkin? —preguntó Dorothy.

—No, pero soy amiga de ellos, aunque vivo en el País del Norte. Cuando vieron que la Bruja del Este estaba muerta, los Munchkins me mandaron un veloz mensajero, y vine enseguida. Soy la Bruja del Norte.

—¡Santo cielo! —gritó Dorothy—. ¿Es una bruja de verdad?

—Sí, por cierto —contestó la mujercita—. Pero soy una bruja buena, y la gente me quiere. No tengo tantos poderes como tenía la Bruja Malvada que mandaba aquí; si no, hubiera liberado yo misma a este pueblo.

—Pero yo creía que todas las brujas eran malvadas —dijo la niña, que tenía algo de miedo ante una bruja de verdad.

—¡No, qué va! Eso es una gran equivocación. Solo había cuatro brujas en todo el País de Oz, y dos de ellas, las que viven en el norte y en el sur, son buenas. Sé que esto es verdad, pues yo soy una de ellas, y no puedo equivocarme. En cambio, las que vivían en el este y en el oeste, eran brujas malvadas; pero, ahora que has matado a una de ellas, solo queda una Bruja Malvada en todo el País de Oz: la que habita en el oeste.

—Pero —dijo Dorothy después de reflexionar un momento— tía Em me ha dicho que todas las brujas estaban muertas desde hace muchísimos años.

—¿Quién es tía Em? —preguntó la viejecita.

—Es mi tía, que vive en Kansas, de donde vengo yo.

La Bruja del Norte se quedó un rato pensativa, con la cabeza inclinada y la mirada fija en el suelo. Luego levantó la vista y dijo:

—No sé dónde está Kansas, pues nunca había oído mencionar ese país. Pero dime, ¿es un país civilizado?

—Sí, claro —respondió Dorothy.

—Eso lo explica todo. En los países civilizados, si no me equivoco, ya no quedan ni brujas, ni magos, ni hechiceras, ni encantadores. Pero el País de Oz nunca ha sido civilizado, ¿sabes?, pues estamos incomunicados con el resto del mundo. Así que seguimos teniendo brujas y magos entre nosotros.

—¿Quiénes son los magos? —preguntó Dorothy.

—Oz en persona es el Gran Mago —contestó la Bruja, bajando la voz hasta un susurro—. Él es más poderoso que todos nosotros juntos. Vive en la Ciudad Esmeralda.

Dorothy iba a preguntar algo más, pero, en ese momento, los Munchkins, que hasta entonces habían guardado silencio, dieron un fuerte grito y señalaron la esquina de la casa donde hasta ese momento yacía la Bruja Malvada.

—¿Qué ocurre? —preguntó la viejecita, y miró, y se echó a reír. Los pies de la Bruja muerta habían desaparecido por completo, y no quedaban más que los zapatos de plata.

—Era tan vieja —explicó la Bruja del Norte—, que se secó enseguida con el sol. Se acabó. Pero los zapatos de plata son tuyos, y te los puedes quedar.

Se agachó, recogió los zapatos y, después de limpiarles el polvo, se los dio a Dorothy.

—La Bruja del Este estaba orgullosa de estos zapatos de plata —dijo uno de los Munchkins— y hay algún hechizo relacionado con ellos; pero nunca hemos sabido de qué se trata.

Dorothy llevó los zapatos a la casa y los dejó encima de la mesa. Luego salió otra vez y, dirigiéndose a los Munchkins, dijo:

—Tengo que volver a casa de mis tíos, porque seguro que estarán preocupados por mí. ¿Pueden ayudarme a encontrar el camino?

Al principio, los Munchkins y la Bruja se quedaron mirándose, y luego se volvieron hacia Dorothy y menearon la cabeza.

—Al este, no muy lejos de aquí —dijo uno—, hay un gran desierto, y nadie ha podido salir de él con vida.

—Lo mismo pasa por el sur —dijo otro—, pues he estado allí y lo he visto. El sur es el País de los Quadlings.

—Me han dicho —dijo el tercer hombre— que pasa lo mismo por el oeste. Y en ese país, donde viven los Winkies, manda la Bruja Malvada del Oeste, que te convertiría en su esclava, si te pillase en su camino.

—En el norte vivo yo —dijo la anciana— y en sus confines está el mismo gran desierto que rodea este País de Oz. Me temo, querida, que tendrás que vivir con nosotros.

Dorothy empezó a lloriquear al oír esto, pues se sentía muy sola rodeada de aquella gente extraña. Sus lágrimas parecieron apenar a los Munchkins, que tenían buen corazón, y enseguida sacaron sus pañuelos y empezaron a llorar también. En cuanto a la viejecita, se quitó el sombrero y equilibró la punta sobre su nariz, mientras contaba «¡un, dos, tres!» con voz solemne. De repente el sombrero se convirtió en una pizarra, donde estaba escrito con tiza en grandes letras blancas:

### Dejar a Dorothy ir a la Ciudad Esmeralda

La viejecita se quitó la pizarra de la nariz y, después de leer las palabras que allí había escritas, dijo:

—¿Te llamas Dorothy, querida?

—Sí —contestó la niña, alzando la mirada y secándose las lágrimas.

—Entonces debes ir a la Ciudad de las Esmeraldas. Quizás Oz te pueda ayudar.

—¿Dónde está esa ciudad? —preguntó Dorothy.

—Está exactamente en el centro del país, y allí gobierna Oz, el Gran Mago del que te hablé.

—¿Y él es un hombre bueno? —preguntó ansiosamente la niña.

—Es un mago bueno. El que sea un hombre o no, no sabría decirte, pues nunca lo he visto.

—¿Cómo puedo llegar hasta allí? —preguntó Dorothy.

—Debes caminar. Es un largo viaje por un país que es a veces agradable y otras sombrío y terrible. Sin embargo, haré uso de todos los poderes mágicos que conozco para librarte del peligro.

—¿No va usted a venir conmigo? —suplicó la niña, que había empezado a considerar a la viejecita como su única amiga.

—No, no puedo hacer eso —contestó—, pero te daré un beso mío, y nadie se atreverá a hacer daño a alguien que ha recibido un beso de la Bruja del Norte.

Se acercó a Dorothy y la besó suavemente en la frente. Donde sus labios tocaron a la niña, quedó una marca redonda y brillante, como Dorothy pudo comprobar después.

—El camino que va a la Ciudad Esmeralda está pavimentado con ladrillos amarillos —dijo la Bruja—, así que no puedes equivocarte. Cuando encuentres a Oz no tengas miedo de él; cuéntale tu historia y pídele que te ayude. Adiós, querida.

Los tres Munchkins hicieron una profunda reverencia y le desearon feliz viaje, y luego se marcharon por entre los árboles. La Bruja inclinó amistosamente la cabeza, giró sobre su talón izquierdo tres veces y desapareció al instante, lo que sorprendió al pequeño Totó, que se quedó ladrando muy fuerte cuando ella hubo desaparecido, porque ni se había atrevido a gruñir mientras tenía a la Bruja delante.

Pero Dorothy, que sabía que era una bruja, suponía que ella desaparecería justo de esa manera, así que esto no le sorprendió lo más mínimo.

**D**orothy y su perro Toto inician sus aventuras cuando un ciclón los arrastra desde su hogar en Kansas hasta una tierra desconocida. En el camino, la pequeña Dorothy conocerá al Espantapájaros, al Leñador de Hojalata y al León Cobarde. Juntos iniciarán un viaje hacia la Ciudad Esmeralda, donde esperan conseguir del Gran Oz el cumplimiento de sus deseos: la vuelta a Kansas de la pequeña Dorothy, un cerebro para el Espantapájaros, un corazón para el Leñador de Hojalata y valor para el León Cobarde. A lo largo de su viaje, tendrán que afrontar numerosos peligros que les llevarán a tomar sus propias decisiones y a encontrar, dentro de ellos mismos, aquello que ansiaban y creían no poseer.



1541181 ISBN 978-84-698-4819-7



**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)